

Dessi, como todos los días desde hacía ya unos meses, se montó en el autobús que le acercaría a su hogar. Un apartamento viejo de 30 metros cuadrados y que compartía con otras dos compatriotas. Dessi es colombiana. Eran las 6.30 de la mañana, saludó al chofer con un "hola, ¿qué tal está mi amor?" y se sentó. Todavía era muy temprano como para que el autobús pareciera más una lata de sardinas que un medio de transporte. Por eso, aprovechó para pensar en sus cosas. Recordó a su familia.

Vino a España tras una discusión con su padre. Sin papeles. Sola. Pero eso ahora mismo daba igual. Le gustaba acordarse de su familia. De hecho todos los días buscaba un rato para ellos. Bueno, en realidad, siempre tenía un ratito para su madre y sus hermanos. A su padre mejor intentar olvidarlo. Por eso, cuando le vino su progenitor a la mente prefirió pensar en otra cosa. Al fin y al cabo, aunque todavía había muchos días en los que se sentía sola, en España no le iba tan mal. Aquí había conseguido cumplir algunos de sus sueños. Eso sí, tras una larga y sacrificada lucha que le estaba marcando para siempre.

Cuando llegó a Madrid gracias al dinero que su madre y hermanos le prestaron a escondidas, todavía hoy reza para que su padre no se entere, pasó una semana horrible en la calle. En principio iba a dormir en casa de unos conocidos de su hermanita pequeña que llevaban un tiempo en España buscando un futuro mejor. Lo acordado era que Dessi dormiría en el sofá gratis hasta que encontrara un empleo. Probablemente de limpiadora en la misma empresa en la que trabajaba la mujer de la casa. Más tarde, una vez asentada, les pagaría parte del alquiler. Sin embargo, esto no ocurrió. Cuando llegó al barrio de estos conocidos recibió como saludo un sonoro portazo. El mismo que ella cuatro días antes le había dado a su padre cuando la situación en su casa se había vuelto insostenible. Fue entonces cuando se dio cuenta que los portazos iban a formar parte de su día a día también al otro lado del charco. Volvió a sentirse un bicho raro. Volvió a sentirse desesperada, señalada y sola.

Los primeros meses lo pasó muy mal. Pensó miles de veces en rendirse y volver. Pero ni tenía el dinero para hacerlo ni las fuerzas. Las fuerzas de tener que aguantar a su padre diciéndole que él ya se lo había advertido, que siendo como ella era no iba a llegar a ningún sitio, que la gente como ella acaba muerta por sobredosis o en las portadas de los periódicos tras aparecer su cuerpo desnudo, morado y violado en cualquier descampado. Y aunque es verdad que al principio podría haber acabado descuartizada en un polígono industrial tranquilamente, el miedo de volver y la falta de medios para hacerlo le frenó. Había venido a España a conseguir un sueño, el que había perseguido desde pequeña y lo tenía que alcanzar costara lo que le costara. Incluso su dignidad.

Así fue. Vendiendo su cuerpo, no le quedó otra, consiguió ahorrar el dinero suficiente para pagarse una habitación compartida. Más tarde para pagarse una individual. Y al final, ahorrando, conseguir lo que se merecía y tanto deseaba. Lo que era suyo y siempre se le había negado.

El autobús se detuvo en su parada y Dessi bajó. Todavía estaba oscuro y no había nada abierto, ni siquiera la panadería de la esquina. Por ello, decidió dejar su psicoanálisis personal para otro momento y meterse en la cama cuanto antes. Estaba agotada. Quizá en el viaje de mañana pensaría en el asado de su madre. Sin duda, el trayecto en autobús tras su dura jornada laboral era su momento preferido del día. El único en el que podía pensar en ella misma sin que nadie le molestara. Sí, sí, en e-l-l-a m-i-s-m-a con todas sus letras. Hacía tiempo que había dejado de ser Antonio José. Bueno, nunca lo había sido. Y ahora menos gracias no sólo a su operación, si no a que muy poco a poco hay más personas que respetan a las minorías como la suya, la transexual. De hecho, en la gasolinera donde trabaja en el turno de noche es Dessi, la

colombiana y una más de la plantilla. Atrás quedó esa época en la que por las noches envuelta en un discreto vestido era "Dessiré, una explosión de placer por delante y por detrás". Una etapa dura pero que le sirvió para entender que ella, aunque sea señalada por ser una mujer, de dignidad anda sobrada, y que quizá sean los que creen que acabará en un descampado los que carecen de ella. Pero también para comprender que hay que pelear todos los días para que ninguna mujer del mundo sea conocida como una explosión de placer de ningún tipo sin su consentimiento.

Iván Villanueva Lerín